

**MARK
TWAIN**
Año 1601



Reunidos en el camarín de una ya anciana reina Isabel I, una serie de personajes selectos, la mayoría tan ancianos como ella, charlan al amor de la lumbre: *sir* Walter Raleigh, el pirata; Francis Bacon, el filósofo; Ben Jonson y su joven discípulo, Francis Beaumonte; *ladies* y condesas y duquesas, y el asombroso maestro Shakespeare. ¿De qué pueden estar hablando? ¿De las glorias pretéritas del pirata, de la interpretación de la vida del filósofo, de los ingenios del arte...? Pues no, señoras y señores, la conversación es más banal, irreverente, rijosa y «maloliente» de lo que podría esperarse en tan excelso grupo y en el Siglo de Oro inglés...

Divertimento, crítica a las convenciones literarias, engoladas y timoratas, de su época, una sátira contra el clero marca de la casa, chiste fácil... Todo esto es *Año 1601*, una obra que surgió como una broma entre amigos y sin firma, y circuló en ediciones privadas, muy privadas, hasta bien entrado el siglo XX.

[Año, 1601]

CONVERSACIÓN, TAL Y COMO TENÍA LUGAR AL AMOR DEL HOGAR, EN LA ÉPOCA DE LOS TUDOR.

[NOTA: Lo que sigue pasa por ser un extracto del diario del Pepys de la época, siendo éste el copero de la reina Isabel. Se le supone de linaje noble y antiguo; también que desprecia a la canallesca literaria, y que el alma se le consume de ira al ver a la reina rebajándose a conversar con gente así. El viejo copero siente que su nobleza se corrompe en contacto con los Shakespeare y compañía, pero tiene que quedarse allí hasta que Su Majestad le diga que se retire.]

Ayer noche

Tuvo Su Majestad la reina a bien holgarse como solía, y recibió en sus aposentos a algunos que escriben comedias, libros y cosas de ese jaez, que eran estos lord Bacon, su señoría *sir* Walter Raleigh, el señor Ben Jonson, y el mancebo Francis Beaumonte, quien con tan sólo dieciséis años ya se había dado a la mano poner a los maestros latinos en nuestra lengua inglesa, con no poca discreción y gran aplauso. Vino con éstos también el famoso Shakespeare. Buena mezcla hacían de sangre vil y poderosa, tanto más cuanto que Su Graciosa Majestad la reina estaba presente, así como estos que siguen, a saber: la duquesa de Bilgewater, de veintidós años de edad; la condesa de Granby, de veintiséis; su hija, *lady* Helen, de quince; y también dos damas de honor, a saber, *lady* Margery Boothy, de sesenta y cinco, y *lady* Alice Dilberry, recién tornados los setenta, que tenía dos años más que Su Graciosa Majestad la reina.

Al ser yo el copero de Su Majestad, no me cupo otro remedio que estar presente y ver cómo se olvidaban allí los rangos, y cómo el de alta cuna conversaba con el de baja en igualdad de términos, haciendo de ello gran escándalo para los oídos del mundo.

En el calor de la conversación sucedió que uno ventoseó, dando hedor fortísimo y harto desagradable, a cuyo punto todos allí se rieron, y entonces:

LA REINA: En verdad que en mis sesenta y ocho años no he oído pedo que se iguale a éste. Es mi parecer, por el gran sonido y el clamor que tuvo, que fue de macho; mas el vientre en el que se guareció tiene por fuerza ahora que pegarse fláccido contra el espinazo de aquel que fuere liberado de un peso de tanta alcurnia y poderío, como los vientres de las que ha hendido verga poderosa guardan su primor y redondez. Os lo ruego, que el autor reconozca a su criatura. ¿Dará su testimonio mi señora Alice?

LADY ALICE: Su graciosa majestad, si a mí me cupiera en mis añosas tripas una explosión así, no es de razón que pudiera soltarlo y seguir viva para dar gracias a Dios por haber escogido a una sierva tan humilde como muestra de su poder. No, no he sido yo la que ha traído al mundo esta neblina espesa y penetrante, estas tinieblas de fragancia, os ruego que sigáis en otro con vuestras pesquisas.

LA REINA: ¿Acaso fuera *lady Margery* la que le hizo a nuestra compañía este favor?

LADY MARGERY: Si le place a su señora, que ya mis miembros débiles están con el peso y la secura de sesenta y cinco inviernos, y es lícito que yo sea muelle con ellos. Ante la Divina Providencia, de haber contenido yo esa maravilla, en verdad que me habría llevado todo el ocaso de mi declinante vida sacarlo adelante en un hilillo, con ánimo tembloroso y vacilante, y no lanzarlo con ese súbito poder sin parangón, con un ímpetu que me habría costado la vida y que habría dejado mi débil compostura hecha unos zorros. No fui yo, majestad.

LA REINA: En el nombre de Dios, ¿quién nos habrá hecho ese honor? ¿Pueda ser el caso que un pedo se pea

a sí mismo? No uno como éste, confío. El joven señor Beaumont... mas no, lo habría llevado a él flotando al cielo cual plumón de ganso. ¿No fuisteis vos, *lady Helen*...? No, no te sonrojes, hija mía; que temblará tu tierna doncellez con no pocos grititos de ratón antes de que aprendas a soltar un huracán como éste. ¿No fuisteis vos, mi leído e ingenioso Jonson?

JONSON: Una explosión tan despiadada jamás acariciara mis oídos, ni fetidez más penetrante e inmortal. No fue novicio el que lo hizo, su majestad, sino uno en experiencia veterano; que de lo contrario le fallara confianza. En verdad que no fui yo.

LA REINA: ¿Mi señor Bacon?

LLORD BACON: No salió de mis magras entrañas un prodigio tal, a su majestad le plazca. Pues no hay nada que les sea tan propio a los grandes como los grandes hechos; y así por ventura hallaréis que no fue la mediocridad lo que alumbrara este milagro.

[Aunque el asunto a tratar era sólo cosa de un pedo, no dejó este tedioso pozo de sabiduría de filosofar cansinamente. Mientras, el hedor inmundado y mortífero lo penetraba todo hasta tal punto que nunca oliera yo cosa semejante, mas no osaba dejar la compañía, aunque me viera próximo a la asfixia.]

LA REINA: ¿Qué dice el venerado maestro Shakespeare?

SHAKESPEARE: Dios me tiene en su opulenta mano y así proclamo mi inocencia. Aunque los impolutos moradores del empíreo hubieran augurado la venida de este aliento en sumo arrasador, atribuyendo a obra de hombre no inspirado sus retumbantes truenos, y a su triunfo en la debida ley de la naturaleza

la podredumbre que embota los cielos, jamás lo habría creído; mas habría dicho que del mismo infierno fue la forja y la emisión de este pestucio, y que la artillería celestial el globo terráqueo sacudía admirada de ello.

[Hubo entonces un silencio, y todos se dieron la vuelta hacia su señoría *sir* Walter Raleigh, ese curtido y aguerrido aventurero del demonio, quien, levantándose, se sonrió, y dijo afectadamente:]

SIR W: Su graciosa majestad, fui yo el que lo hice, mas fue una nota tan pobre y flaca, comparada con las que acostumbro a dar de mí, que en verdad tuve apuros de llamar a ese alfeñique obra mía ante presencia tan augusta. No fue nada, menos que nada, señora, lo hice sólo para aclararme la garganta de abajo; pero de haber venido preparado, os habría brindado entonces algo digno de vos. Tened paciencia conmigo, os lo ruego, majestad, hasta que pueda compensaros.

[Entonces se liberó de una explosión tan impía y demolidora que de buen grado se habrían tapado todos los oídos, y lo siguió un hedor tan denso y tan inmundado que el que había venido antes parecía una pobre piltrafa en comparación. Dijo entonces, fingiendo sonrojo y azoro: «Siento que estoy débil hoy, y no puedo hacer justicia a mis poderes —y se sentó como el que dice—: Ahí queda eso, bien poco es, mas aquel que tenga culo que lo iguale si se atreve». Voto a Dios que, si fuera yo la reina, echaría de la corte a este fantoche jactancioso para que se diera aires de grandeza y pestilencia ante los sordos y los que se placen en la asfixia.]

Entonces dieron en conversar de los modales y costumbres de muchas gentes, y el maestro Shakespeare habló del

libro del señor Michel de Montaigne, en el que se menciona la costumbre de las viudas del Périgord de llevar sobre el tocado, en señal de viudedad, una joya que semeja el miembro viril marchito y flácido, de lo que se rió la reina y dijo que las viudas en Inglaterra también llevan pollas, pero entre las piernas, mas no marchitas tampoco, hasta que el coito les hiciera esa merced. El maestro Shakespeare observó asimismo que el señor Montaigne hablara también de cierto emperador que tenía tanta potencia que tomó diez virgos en el transcurso de una sola noche, mientras su emperadora holgaba con veintidós caballeros rijosos entre sus sábanas, y aun así no tuvo contento; a lo que la risueña condesa de Granby dijo que un carnero puede más que el emperador, que cubrirá a cien ovejas desde que sale el sol hasta que se pone; y después, si no le dieran más para cogerse, se masturbará hasta abonar tierras y tierras con su simiente.

Habló luego aquel molino del demonio, *sir Walter*, de unas gentes en el último confín de América, que no copulaban hasta que no son de la edad de treinta y cinco años, siendo las mujeres de edad de veintiocho años, y que sólo lo hacen entonces una vez de cada siete años.

LA REINA: ¿Qué tal le parece eso a mi pequeña *lady Helen*? ¿Os hemos de enviar allá y preservar así vuestro vientre?

LADY HELEN: Si tal le place a su graciosa majestad, mi vieja aya me contó que hay otras formas de servir a Dios aparte de la de no abrirse de piernas; mas bien dispuesta estoy a serviros así también, pues ya su graciosa majestad ha dado de ello ejemplo.

LA REINA: Vive Dios que es esa buena respuesta, hija mía.

LADY ALICE: Pudiera ser que os ablandara ese recato el vello que os tiene que brotar bajo el ombligo.

LADY HELEN: No, que brotó dos años ha; y casi no me lo tapa ya una mano.

LA REINA: ¿Oís eso, mi pequeño Beaumonte? ¿No tenéis en vos un pajarito que se agita al oír hablar de un nido así de dulce?

BEAUMONTE: No es insensible a ello, ilustre señora, mas los búhos ratoneros y los murciélagos de baja estofa no pueden aspirar a la dicha inmensa y al arrobo que se halla en el plumón con el que están forrados los nidos de las aves del Paraíso.

LA REINA: ¡Por los clavos de Cristo!, galán cumplido es éste. Con una lengua como la vuestra, zagal, le abrirás en buena hora a más de una regalada dama los muslos de marfil, y te será la bolsa del escroto tan útil como esa labia.

Habló la reina entonces de cómo conoció al viejo Rabelais cuando cumplió los quince años, y él le contó acerca de un hombre que había conocido su padre que tenía dos pares de cojones, de lo que surgió una disputa concerniente a la forma correcta de escribir esa palabra, y rayó la discusión a gran altura entre el instruido Bacon y el ingenioso Jonson, hasta que al final la vieja *lady* Margery, hastiada de los dos, dijo: «Caballeros, ¿qué importa ahora cómo se escriba la palabra? Bien segura estoy de que cuando usáis vuestros cojones no pensáis en ello; y mi *lady* Granby, tened contento, que se escriba como se quiera, que vos seguiréis gozando cuando golpeen en vuestras nalgas como si tal cosa, bien lo creo. Pues yo, antes de cumplir catorce años, ya había aprendido que aquel que explora un coño no para en mientes a considerar cómo se escribe».

SIR W: En verdad que, alzadas las enaguas, la dilación no es sino devaneo. Boccaccio tiene un cuento de un fraile que engatusó a una doncella y la llevó a su celda, y en un rincón de la misma se arrodilló para rezar dando las debidas gracias al cielo por el tierno virgo que el Señor le había enviado; pero el abad, espiándolo por la mirilla, vio una mata de pelo oscuro rodeado de carne blanca, de modo que cuando la oración del fraile fue concluida, la ocasión se le había esfumado, puesto que la doncella sólo tenía un coño, y ya estaba ocupado para gozo de ella.

Platicaron entonces de religión, y de la gran obra que había hecho el viejo Lutero, ya muerto a la sazón, por la gracia de Dios. De seguido hablaron de poesía, y el maestro Shakespeare leyó una escena de su *Enrique IV*, la cual, me pareció, no vale un pedo, mas la alabaron encarecidamente todos al unísono.

Leyó él mismo un trozo de su *Venus y Adonis*, ante la admiración rendida de todos ellos, mientras que yo, ya somnoliento y fatigado, no lo tuve en gran cosa, y me volvió el desasosiego al ver que aquel bucanero del demonio había soltado lastre otra vez, y tanto y tan vil empeño puso en el peerse que me faltó de este otro instante el aire. Maldito sea de Dios este rufián ventoso y toda su calaña. En buena hora acabe en el infierno.

Hablaron de la magnífica defensa que hizo de sí mismo el viejo señor Nicholas Throgmorton delante de los jueces en tiempos de la reina Mary; tema espinoso de tratar, pues le arrancó a la reina un: «Fuera una pena que, con tanto ingenio, no tuviera lo bastante para guardar a buen recaudo el virgo de su hija hasta la noche de bodas». Y la reina cató a aquel maldito *sir* Walter con ojos que lo hicieron estremecerse, pues no se había olvidado Su Majestad de que lo tu-

vo por amante antaño. Sucedió luego un incómodo silencio; que no le plugo a ninguno empezar conversación, puesto que si la reina había hallado ofensa en aquella inocente parla acerca del fornicio, cuando fueron las vergas duras y los coños bien dispuestos a quitarles algo de su dureza, ¿quién de entre aquella compañía estaba libre de pecado? Pues sépase, ¿no estaba acaso la mujer del maestro Shakespeare en el cuarto mes de su preñez cuando se vino a desposar ante el altar? ¿Y acaso a Su Alteza la duquesa de Bilgewater no la habían cogido cuatro lores antes de tener marido? ¿Acaso no nació la pequeña *lady Helen* el día de la boda de su madre? Y sépase, ¿no fueron *lady Alice* y *lady Margery* allí presentes, invocando a la religión a diestro y a siniestro, bien putas desde que nacieron?

Vinieron luego al cabo a hablar de Cervantes y de aquel nuevo pintor, Rubens, al que se empieza a conocer. Palabras finas y frases melindrosas por parte de las damas hubo después, pues una o dos de ellas habían sido, en otro tiempo, pupilas de aquel zopenco, del mismísimo John Lyly; y noté también cómo Jonson y Shakespeare anduvieron enredando para lanzarle la ponzoña de su sarcasmo, mas no lo osaran en presencia de la reina, quien era la rosa más granada del rosal de los *euphuistas*. Pues sépase que estos dos son de los que, dominando una de las artes, y admirándola en sí mismos, celos sienten cuando otro a ejercerla se mete, y no pueden por mucho tiempo tolerarlo. A lo que la reina dio muestras evidentes de sentirse incómoda; y al cabo brotó parla grandilocuente de labios de *lady Alice*, de la que se tuvo a todas luces no poco orgullosa, pero que fatigó el aguante de la reina, aunque Su Majestad escuchó hasta que la floreada parla fue cumplida, y entonces levantó su ceño y con no poca ironía y afectación dijo: «¡Oh, mierda!». Ante lo cual todos allí rieron, mas no *lady Alice*, la vieja y tonta puta.

En ese punto se acordó *sir Walter* de una historia que le oyera cierta vez a la ingeniosa Margarita de Navarra, sobre

una doncella que, viéndose en trance de sufrir violación a manos de un viejo arzobispo, dio con feliz ingenio para salvar su virgo y le dijo: «Sacaos primero, mi señor, vuestra santísima herramienta, os lo ruego, y meaos en mí», hecho lo cual fue cosa que el miembro se le viniera abajo, y ya no se le levantara más.

EPÍLOGO

Nada más acabar de leer *Año 1601* viene a la memoria el viejo chiste de la infancia, cuando nos hacía gracia todo lo que tuviera que ver con el *caca, culo, pedo y pis*. En el chiste, en un autobús abarrotado, de repente alguien ventosea en silencio. La sorpresa de los pasajeros se va mudando en pura ira al sentir el olor creciente dentro del reducido espacio. Circunspectos, sonrojados, resignados también, se miran todos unos a otros disimulando el azoro y buscando al generador de aquel escándalo. Entonces uno de los pasajeros hace ademán de dirigirse hacia la puerta de salida y pulsa el timbre solicitando la siguiente parada. Al verlo, otro pasajero le espeta: «Oiga, usted ¿adónde va? Usted aquí, ¡a oler como los demás!».

En este relato de Mark Twain, *Año 1601. Conversación, tal y como tenía lugar al amor del hogar, en la época de los Tudor*, traducido por primera vez, que sepamos, al castellano, al narrador, un copero de la reina Isabel de Inglaterra, lo que vendría a ser un camarero hoy día, le sucede algo parecido y no osa abandonar los aposentos de su señora para buscar aire fresco tras la anónima descarga. Pero el aire contaminado, según nos describe la escena, lo es más por la conversación entre nobles y literatos que por el hedor que despiden las descargas odoríferas. A diferencia del viejo chiste del autobús, también, en este pequeño cuento bufo se acaba sabiendo quién ha generado la ofensa, por lo que la intención de Twain al escribirlo parece ser más la de ofrecer un fresco jocoso de los aposentos isabelinos, anticipo del camarote de los hermanos Marx, que la de escri-

bir un *whodunnit* al uso, un relato en el que la autoría del crimen sea lo que mantenga al lector interesado en el proceso de lectura.

Durante un tiempo el *whodunnit*, el relato que pesquiza en la autoría de los hechos, fue la propia obra, pues *Año 1601* fue escrito en 1876, circuló anónimamente desde 1880 y sólo décadas más tarde, en 1906, Mark Twain admitió públicamente que lo había escrito, a modo de bisagra o divertimento, entre la gestación de sus dos obras maestras, *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*. Como si hubiera necesitado este pequeño habitáculo en época isabelina, densamente poblado, eso sí, entre dos libros que exploran los espacios abiertos y vernáculos de la nueva nación estadounidense. En la edición de la obra manejada para esta traducción, a cargo de Franklin J. Meine, publicada, como muchas de las precedentes, en edición privada (Lyle Stuart, Nueva York, 1938), aparece una ilustración junto al frontispicio en la que, al lado de los Shakespeare, Raleigh y la misma reina Isabel, el copero muestra un parecido intencionado con Mark Twain. Comprendemos así la mirada abrasiva, irreverente, que el narrador arroja sobre tan noble compañía, pues ni el gran Shakespeare se libra del vituperio de su sarcasmo y a todos por igual se les afea lo que nunca escapa al oído atento de un narrador, a saber, el idiolecto de cada uno de sus personajes, su forma de hablar; eso que, en el caso de los escritores, supone un trasunto paródico de su forma de escribir.

Si hacemos caso a las indicaciones de Franklin J. Meine en la citada introducción, *Año 1601* fue escrito inicialmente como una carta al reverendo Joseph Twitchell, gran amigo de Twain, tras un período de intensa lectura del diario de Samuel Pepys, cronista post-isabelino al que explícitamente se vincula el narrador en el relato. Las irreverencias religiosas, una de las cuales lo culmina con una mueca casi simiesca, cobran sin duda una significación especial si pensamos en la correspondencia entre el autor y su reverendo amigo.

Durante cuatro largos años el párroco tuvo en su poder esta misiva que un editor nostálgico de Rabelais había rechazado, al parecer pasando por alto que el Rabelais estadounidense estaba llamando a su puerta con un nuevo y compacto *Gargantúa*. Es sugerente imaginarse el secreto goce que el religioso experimentaría en ese tiempo, al saber la obra de su sola propiedad, frente al burdo rechazo de un editor que había desestimado hacerla pública. El secretario de Estado, John Hay, tuvo acceso a una copia de la misma y a su vez escribió a Alexander Gunn, gurú artístico y literario de la época, poniendo primero en su conocimiento lo que no duda en llamar una obra maestra, y enviándosela más tarde en su segunda carta. Gunn contesta proponiendo la tirada de unos cuantos ejemplares y el señor secretario de Estado responde con júbilo ante dicha propuesta. Casi se puede oír entre las líneas de su correspondencia la risa amortiguada de los próceres ante la reedición isabelina del *caca, culo, pedo, pis* que se traen entre manos. Por fin, en 1880, se publicó esta obrita como panfleto, sin cubiertas ni portadas, a ocho páginas y un formato en cuarto; sólo cuatro copias, una para Hay, otra para Gunn y dos para el mismo Twain.

La primera publicación en forma de libro tuvo lugar dos años más tarde, en 1882, nada menos que en West Point, por lo que se podría decir que gran parte de las instituciones más prestigiosas de la nación se vieron implicadas en la aparición en público de *Año 1601*. En la carta que le envía al teniente Wood, a cargo de la imprenta en la academia militar, Twain reconoce numerosos errores ortográficos en el texto, equivoca el título, pues lo llama *1603*, y encomienda las correcciones al impresor, ya que él se halla muy ocupado. La imprenta introdujo la novedad de respetar los errores tipográficos como una forma de mimetizar el texto con las condiciones de impresión de la época isabelina. En comunicación por carta, Twain aceptó esta sugerencia y reconoció que cada vez necesitaba más copias de su peque-